

desterrar del mundo al mismo Dios... Echada á un lado la religión, preciso es que se derrumben los más firmes cimientos de la seguridad pública. Y Dios, en justo y merecido castigo de los prevaricadores, los ha entregado á su propio capricho, á fin de que, esclavos de sus concupiscencias, se destruyan á sí mismos con los excesos de la libertad. De aquí, ese cúmulo de males que tanto tiempo hace prevalecen y están reclamando con vehemencia que se busque el remedio en el único que tiene virtud para curarlo.»¹

Y, puesto que también entre nosotros abundan los espíritus débiles que presumen de fuertes, y hay muchos corazones enfermos, por más que las instituciones políticas que nos rigen sean sanas, busquemos hoy el remedio en la Piscina universal del Corazón de Jesucristo, consagrándonos solemnemente á su amor y á su gloria, jurándole obediencia incondicional y fidelidad inviolable. *Ensalzad al Señor, y acordaos que su nombre está por encima de todos los nombres*². Á la consagración seguirá la entusiasta acción de gracias, prenda cierta de nuevos é inestimables favores que el Corazón divino se dignará dispensar, como á pueblo de predilección, á su favorecida Colombia. Así sea.

¹ Encíclica cit.² Is. 12, 4.

SERMÓN SEGUNDO PARA LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(celebrada por el Apostolado de la Oración, en la iglesia de San Ignacio de Bogotá á 24 de junio de 1900).

Gloria del Corazón de Jesús.

Nos vero omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur.

Nosotros, contemplando á cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen.

2 Cor. 3, 18.

1. ¡Qué gloria, hermanos míos, para el sagrado Corazón de Jesús el ver agrupados ante su dulce imagen centenares y millares de fieles, palpitantes de amor, los corazones henchidos de celestial júbilo y anhelantes por ver llegar la hora de consagrarse á Él públicamente, haciendo eco á la voz del gran Pontífice, contestada por el clamor unísono de todo el género humano! Grande es, ciertamente, el honor que de aquí redunda á Jesucristo, como quiera que así se cumple el decreto del Eterno Padre, promulgado por el Apóstol, *que toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre*¹. Pero todavía es mayor, si cabe, la gloria que expresan las palabras del mismo Apóstol que he citado arriba; porque ¿cuál otra puede compararse con la de ser espejo clarísimo de la Divinidad, donde puedan nuestros ojos contemplar sin velos y en toda su luz la gloria misma del Criador? Pues tal es la del sagrado Corazón de Jesús: *Revelata facie gloriam Domini speculantes*. Moisés, el gran legislador de Israel, tuvo ciertamente la gloria sobrehumana de llevar en su rostro, al bajar del Sinaí, un reflejo de la claridad de Dios, por

¹ Phil. 2, 11.

lo cual, sobrecogido de terror el pueblo al verle coronado de dos rayos de luz á manera de cuernos luminosos, vióse obligado el Profeta á cubrirse el rostro para hablar á la aterrada muchedumbre¹. Mas ¡qué diferencia de Moisés á Jesucristo! Aquél sólo llevaba un pálido vislumbre; el Corazón de Jesús lleva en sí la substancia misma de la gloria de Dios, esto es, la divinidad de que está corporalmente lleno, como habla el Apóstol²; lleva la santidad divina de que está penetrado más que lo está del fuego el hierro hecho ascua....

Pero hay más aún; y es que no tenemos que apartar del Corazón de Jesús los ojos para no ser ofuscados por sus resplandores; antes bien debemos y podemos mirarlo de hito en hito, contemplarlo de lleno, á fin de transformarnos poco á poco, absorbiendo aquella lumbre, en la imagen del mismo: *In eandem imaginem transformamur*. ¡Qué grandeza de gloria! al fin, *como propia del Unigénito del Padre*³. Y esto, ¿por obra de quién sino del Espíritu Santo, que presidió al misterio de la unión hipostática del Verbo con nuestra humana naturaleza⁴, y más tarde reposó sobre la frente del encarnado Verbo⁵? Por eso enseña el Apóstol que la transformación del hombre en la imagen de Cristo se efectúa por obra del Espíritu del Señor: *tamquam a Domini Spiritu*⁶.

2. He aquí, mis amados hermanos, el glorioso aspecto por donde intento presentaros, el día de hoy, al Corazón divino, ya que me creo obligado á publicar las glorias del Corazón de Jesús, no menos que á instruir y edificar á mis piadosos oyentes, entre los cuales figu-

¹ Ex. 34, 35.² Col. 2, 9.³ Io. 1, 15.⁴ Luc. 1, 25.⁵ Is. 11, 2.⁶ 2 Cor. 3, 18.

ran en número considerable los miembros del Apostolado. El asunto que propongo á vuestra consideración, no tiene menos de moral que de panegírico y dogmático. En efecto, vamos á estudiar esta maravillosa transformación del hombre por la contemplación del Corazón de Cristo, ya en el pecador, ya en el inocente, ya en el santo. En el primero es reforma; en el segundo, gradual transformación; en el tercero, cabal conformación con la imagen del Santo de los santos: en todos, una especie de asombrosa deificación, que podemos considerar como el fin más sublime de la devoción al sagrado Corazón de Jesús. Apresurémonos á implorar los auxilios del cielo, saludando á María: *Ave Maria*.

I.

3. La transformación del hombre en Cristo, hermanos míos, es absolutamente necesaria para su salvación, según aquella sentencia del Apóstol: *Á los que Dios predestinó para la gloria, quiso que fueran conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo*¹. Y, en verdad, ¿cómo pudieran entrar á la parte en la herencia de Cristo, á quien Dios instituyó heredero universal², si no llevaran en la frente el sello de familia y la marca de hermanos de Cristo? Y esta ley tendría lugar aun en el caso de haberse conservado el hombre en el primer estado de justicia original, con que salió ataviado de las manos del Criador. ¿Qué diremos del hombre caído de aquella divina condición y altura sobrenatural al abismo, no ya de la pura naturaleza, sino de la naturaleza corrompida por el pecado? Á este pobre pecador no le queda otro camino de salud, que el indicado terminantemente por

¹ Rom. 8, 29.² Hebr. 1, 2.

la voz del Apóstol San Pablo: *desnudarse del hombre viejo, y revestirse del nuevo, del que fué criado según Dios en la justicia y en la santidad de la verdad*¹. ¡Pobre y miserable pecador! ¡á qué báratro de abominación has descendido! Tú te has apartado libremente de tu Dios: *Quebrantaste su yugo y dijiste en tu loco orgullo: no le serviré*². ¿Qué partido te queda, si no has de ser eternamente infeliz, sino volverte á Dios? *Ferusalén, Ferusalén, conviértete al Señor tu Dios*³. Oye al mismo Dios que te exhorta á salir del abismo en que te ves sumido: *Convertimini, sicut in profundum recesseratis*⁴.

En efecto, hermanos carísimos, siendo el pecado por su misma naturaleza un apartarse de Dios y convertirse á la criatura, un volver á Dios la espalda, de que con razón tan amargamente se queja el ofendido Señor⁵, y el corazón á los falsos bienes de la tierra, necesario es de todo punto que el pecador, desviándose resueltamente de la engañosa criatura, se torne de todo corazón á buscar en Dios el verdadero bien y la suma felicidad. He aquí lo que en lenguaje cristiano se llama convertirse el pecador. Notad bien que es el corazón el que debe convertirse, porque él es quien se ha pervertido amando desordenadamente las criaturas⁶. Por lo cual aconsejaba á los pecadores el Profeta Joel: *Rasgad vuestros corazones, que no vuestros vestidos*⁷. Y decía Dios mismo de los que hipócritamente le alababan: *Cor eorum longe est a me: «Anda lejos de mí su corazón.»*⁸ Y esto ¿qué quiere decir, en definitiva,

¹ Eph. 4, 24.² Jer. 2, 20.³ Eccl. in off. Hebd. Sanctæ.⁴ Is. 31, 6.⁵ 2 Esdr. 9, 29.⁶ Matth. 15, 19.⁷ Joel 2, 3.⁸ Is. 29, 13.

sino que es el amor el que debe reformarse en el hombre, para que de pecador se torne justo? Aborrecer lo que malamente se amó, y amar lo que se aborreció neciamente, he aquí, según San Agustín, la conversión verdadera, la cual es una entera transformación del pecador. ¡Oh! y ¡cuán maravilloso es este cambio! Constituye una reforma radical de todo el hombre. El pecado, monstruoso desorden, lo había trastornado enteramente, mejor dicho, lo había destruído y corrompido hasta la medula de los huesos, porque, como enseña el sacrosanto Concilio Tridentino¹, efecto natural del pecado es obscurecer con velo de ignorancia el entendimiento, viciar la voluntad, pervertir la inclinación, desnaturalizar los sentidos, causar, finalmente, hondas heridas en todo el ser humano, hasta dejarlo por muerto y despojado de todos los bienes; que toda esta horrible desventura es consecuencia lógica del trastorno del orden esencial con que se hace del fin medio, y del medio fin, olvidando á Dios y entronizando á la criatura allí donde sólo debe reinar Dios como señor absoluto. Restablecido, pues, el orden en el corazón, todo por encanto se restaura: el espíritu se ilumina, la voluntad se endereza, todo el ser se vivifica con vida divina y sobrenatural. Es aquélla una verdadera resurrección, producida por el soplo del Espíritu regenerador, según la promesa de Dios por Ezequiel: *Introduciré en vosotros mi espíritu, y viviréis*². Es un segundo bautismo de fuego, esto es, en el Espíritu Santo, como el que recibieron los Apóstoles³, de donde, como ellos, sale el hombre transformado en una criatura enteramente nueva, al decir de San Pablo⁴. Aquí tenéis la primera trans-

¹ Sess. 5.² Ez. 37, 5.³ Act. 1, 15.⁴ Gal. 6, 15.

formación, obrada por el Espíritu Santo: *tamquam a Domini Spiritu*.

4. Mas ¿cómo ha influido en este prodigio la contemplación del sagrado Corazón de Jesús? He aquí lo que sin duda me preguntaréis, y yo debo declararos para gloria del mismo divino Corazón. Á mi vez os pregunto: ¿No habéis experimentado alguna vez vosotros mismos el sentimiento de la compunción más tierna y más íntima, fijando la mirada en esa dulce efigie de Jesús que os muestra su Corazón herido, y herido con el dardo de vuestros pecados? Al mostraros con el dedo la abertura de la lanza que penetró hasta su Corazón, atravesándole el costado, ¿no le habéis oído decir: *His plagatus sum in domo eorum qui diligebant me*¹: «Esta llaga me la han hecho aquellos que se decían mis amigos muy queridos»? ¡Ah! ¡qué reproche tan dulce y tan amargo! ¡qué reconvección tan sentida, á lo menos para quien tiene corazón! Y ¿no bastará para enternecer y quebrantar el más endurecido y obstinado? Ciertamente no puede concebirse motivo de contrición tan eficaz, y á la vez tan suave, como la devota y humilde contemplación del Corazón de Jesús, adornado con esas significativas insignias con que se mostró á su sierva la Bienaventurada Margarita, y se nos muestra hoy á nosotros en imagen. Para quien todavía conserva la luz de la fe, aun en medio de los más funestos extravíos, esa vista de la cruz, espinas y lanzada reunidas en el Corazón del Salvador, significan los rigores del castigo merecido por la culpa, al mismo tiempo que el exceso de la misericordia del que los toleró en su inocente carne por dejar á salvo al pecador.

¹ Zach. 13, 6.

Motivos de temer, motivos de amar, y por consiguiente, de convertirse á Dios con todas veras, ofrece al pecador la imagen del sagrado Corazón de Jesús puesta al descubierto ante sus ojos, para que la contemple y en ella vea, admire y palpe la gloria del Señor: *Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini specularantes* etc. ¡Oh! y ¡cuántos pecadores, en realidad de verdad, se han rendido felizmente al influjo irresistible del divino Corazón! ¡Cuántas conversiones no ha obrado y está obrando continuamente esta devoción inapreciable! Así se verifican sus promesas infalibles, y una de ellas en especial, la que dice: «Los pecadores hallarán en mi Corazón el manantial y océano infinito de misericordia.»¹

5. Y ved aquí, amados fieles, cómo llega el pecador, por este camino de la conversión, á transformarse en la imagen del sagrado Corazón de Jesús; cosa difícil de comprenderse, y aun, al parecer, imposible. Porque, ¿cómo y en qué manera podría asemejarse el pecador, aun convertido, al que es la inocencia misma, á Aquel que dijo: «¿Quién me argüirá de pecado?» Mas ¿no sabemos también que, como enseña San Pablo, quiso hacerse por nosotros pecador y pecado, el que no lo conocía siquiera? *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit*². ¿No dijo Isaías que puso el Señor en él todas nuestras iniquidades?³ ¿No cargó, según esto, con toda la responsabilidad de nuestros desórdenes, á fin de que por sus llagas fuésemos curados de las nuestras?

Tuvo, dice un sabio escritor contemporáneo⁴, tuvo Jesús conciencia de los pecados del mundo, cual si

¹ Promesas del sagrado Corazón de Jesús á la B. Margarita María (en su Vida).

² 2 Cor. 5, 21.

³ Is. 53, 6.

⁴ Card. Manning, The Glories of the Sacred Heart.

fuesen suyos propios, y llevó en su Corazón la amargura inseparable del pecado, puesto caso que se ofreció á pagar por él. ¡Qué penitencia no hizo, pues, el sagrado Corazón! ¡Qué dolor interior y agudísimo no experimentó por los pecados ajenos, por los nuestros! ¡Con qué energía de voluntad no los detestó y aborreció, como quien estaba penetrado del horror que tiene á la culpa la infinita Santidad! Y luego, ¡qué de expiaciones no ofreció á la eterna Justicia, para desarmarla del rayo que ya vibraba sobre la cabeza de los pecadores! ¡qué ruegos no elevó al trono de la Misericordia en favor de los culpados! ¡qué dolores no padeció en alma y cuerpo para satisfacer por nuestros muchos y torpísimos excesos! ¡qué de lágrimas, en fin, no derramaron sus ojos para borrar las manchas, de otra manera imborrables, de los pecados del mundo! ¡He ahí, pues, el Cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado, por la virtud y eficacia de su penitencia! Él debe ser el modelo de la nuestra, y en esta imagen de Cristo paciente debe transformarse todo penitente verdadero, todo penitente según el Corazón de Dios. *In eandem imaginem transformamur*. Pero ésta no es más que la primera y elemental transformación: vamos á considerar la segunda, ó sea, la del inocente en justo, efectuada gradualmente por el poder transformador del sagrado Corazón.

II.

6. El inocente en sus obras y limpio de corazón, no ha recibido su alma en vano¹; esto es, no dejará infecundo el germen de vida divina depositado en su

¹ Ps. 23, 4.

corazón por el Espíritu Santo. Ya sea que, por un feliz y raro privilegio, haya logrado conservar sin mancha la blanca estola de su bautismo, ya que, manchada por la culpa, haya sabido lavarla en la sangre del Cordero, por la penitencia; el inocente ha recibido en uno y otro caso y lleva dentro de sí aquel principio de vida sobrenatural, aquella alma de su alma que, haciéndole gracioso á los ojos de Dios, le confiere la divina filiación y el derecho de los hijos á la pingüe herencia de la Gloria. Él ha nacido, dice San Juan, no de la carne ni de la sangre del hombre, sino de las entrañas de Dios: *Ex Deo nati sunt*¹. Pero esta vida nueva y sublimísima, recibida en la nueva criatura, está sujeta, lo mismo que la vida natural, á las leyes del desarrollo, progreso y término de perfección. El inocente es comparado con el niño, según aquella sentencia de Jesucristo: *Si no os hicieris como párvulos, no entraréis en el reino de los cielos*². El niño, empero, debe crecer hasta llegar á ser hombre perfecto, pues no puede quedarse niño eternamente. El Apóstol dice: *Cuando era yo párvulo, hablaba como pequeñuelo, pensaba y obraba como tal; mas, cuando me hice varón, eché de mí lo que era propio de la niñez*³. Y á los fieles de Éfeso escribe el mismo pedagogo de las naciones: *Por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, lleguemos á la edad viril, á la medida de la edad completa de Cristo, de suerte que no seamos ya niños vacilantes que se dejan llevar á todas partes por cualquier viento de doctrina á causa de la malicia de los hombres astutos que propalan errores por doquiera*⁴.

¹ Io. 1, 13.

² Matth. 18, 3.

³ 1. Cor. 13, 11.

⁴ Eph. 4, 13, 14.